

EL ECO DE NAVARRA

DIARIO DE INTERESES MORALES, MATERIALES Y POLÍTICOS.

PAMPLONA 7 OCTUBRE 1877.

LA POLITICA NACIONAL.

No somos partidarios de que a la prensa se lleven ruines y mezquinos sentimientos personales; creemos que son una amenaza para el principio de autoridad todos aquellos periódicos que al tratar de robustecerlo hacen política de partido, pues cuando las naciones como España se encuentran en situación difícil y espionosa; cuando todavía por desgracia no se han borrado las huellas de un pasado tristísimo, fácil es comprender que son mezquinos é impotentes para labrar nuestra dicha los interesados consejos de una bandería cualquiera, y las halagadoras promesas de una docena de imaginaciones exaltadas por su amor ardiente al poder y al presupuesto, y cuya misión una vez encumbrados al Capitolio de sus constantes aspiraciones es la de no realizar lo que en la oposición prometieron y la de dar un paso más en la obra de nuestra muerte social y política.

A los hombres del poder nos dirigimos desde las modestas columnas del Eco de Navarra. Una política grande y generosa; una política en la cual no prevalezca el espíritu pequeño y rencilloso que se inspira en el

odio; una política que no subordiné sus altas miras, sus grandes y elevados destinos á las miserables ambiciones de una fracción soberbia ó avasalladora; una política que no sea esclava de las amenazas de un puñado de disidentes; una política que respetando augustas prerrogativas sepa encumbrarse sobre la que defienden hombres de mérito falso y postizo; una política en fin que adoptando grandes principios de orden, de moralidad y de justicia no tema los sistemas francos y generosos, es la única que puede salvar la escasa vida que nos resta despues de tantos padecimientos.

No es seguramente vicio de carácter en el pueblo español la causa de sus continuos sinsabores; no debe achacarse á falta de energía y grandes calidades el continuo pesar que nos agobia, pues todavía resplandece sobre nuestra frente el sol que en más felices tiempos alumbró nuestras inclitas hazañas, de las que está lleno el mundo. Nó, nuestro orgullo nacional se resiste á creerlo, máxime cuando tendiendo la vista por el campo de nuestra historia contemporánea encontramos páginas gloriosas, únicas en los años de este siglo, sin duda porque están escritas, no por la mano de un partido, sino por la

de un pueblo que sabe morir vendiendo en aras de la independencia de la patria.

Elementos grandes, pues, tiene todo gobierno á no dudarlo para labrar la felicidad de España, en razón á que no es como venimos diciendo al carácter de sus hijos á lo que achacarse debe su malestar continuo, sino á lo impopular que para la casi totalidad de los españoles son las reformas intentadas por los motines y sublevaciones continuas, en los que solo han salido á relucir, nó las aspiraciones de una revolución verdaderamente popular que cual torrente impetuoso todo lo arrolla y avasalla, sino las intrigas de los partidos, las miserias de las pandillas y las venganzas de los desesperados.

A destruir, pues, todo germen de futuras discordias, á sentar sobre sólidas bases el edificio de nuestra regeneración, debe encaminarse la conducta de nuestros gobernantes, y para ello no hay otro sistema mejor que el de unir por medio de una política nacional todas las fuerzas disgregadas, darlas trabazon y enlace y levantar sobre ellas un gobierno robusto que con un plan homogéneo y compacto de sabias instituciones pueda afianzar el orden y la libertad bien entendida.

Las circunstancias no pueden

ser más apropiado. Agobiado el país por tantos infortunios, desengañado de tantas promesas, fatigado de ser el instrumento de intereses bastardos, quiere orden, quiere paz, quiere gobierno, y se encuentra dispuesto á dar su apoyo á todo aquel que dentro de lo constituido le devuelva el equilibrio perdido y el sosiego de que tanto necesita.

Aprovéchense, pues, los actuales gobernantes de los numerosos elementos de bien como se hallan esparcidos, hagan lo mucho que pueden porque los ánimos se reconcilien y transijan todas las opiniones y todos los intereses legítimos que han librado encarnizada contienda; levántense con dignidad sobre la emponzoñada atmósfera de los partidos, y colocados al frente de toda la nación española, estrechamente unidos en sentimientos, en aspiraciones, en ideas, con este pueblo grande aun en medio de sus desgracias, seguros estamos que llegarán á colocarlo en condiciones de ser temido y respetado y á realizar el sublime ideal de sus destinos.

UN TRIUNFO LEGITIMO.

Aunque tenemos el firme propósito de dar á luz una verdadera biografía de nuestro querido amigo y paisano el tenor Gayarre, no tanto por rendirle

EL PERRO DEL CANDIDATO.

M. Alfredo de Musset estaba en turno, y se dedicaba á visitar á los académicos. Entraba precisamente en una antigua y gloriosa casa, ilustrada y benévola, pero ante todo, correcta y arreglada á la manera de las más nobles casas del tiempo pasado. El palacio está no muy lejos de París, en un sitio magnífico, y lo habitan la abuela, la suegra, la madre, el padre, el hijo y los hijos del hijo. Las damas, que llevan un nombre glorioso, son «todas unas señoras», según el dicho de Mme. de Maintenon: la casa está montada con aquella exquisita elegancia que no admite un mueble fuera de su sitio, y sobre este mueble no tolera un solo átomo de polvo. Así, todo brilla y resplandece en aquella vivienda espaciosa y bien ordenada. Los mismos niños aprendieron desde pequeños el respeto que se debe á las costumbres y á los muebles de su abuelo, y cuando quieren jugar con libertad, se baian al jardín.

La alameda es larga y conduce desde la carretera al palacio de Etioles, y el joven poeta iba pensando un poco en lo que debía hablar, cuando se encontró á un perro vagabundo que le olfateó, y pareciéndole hombre de bien, se dijo á sí mismo, en su lenguaje de animal:—Lo mismo me da éste que otro cualquiera; ¡sigámosle, y ello dirá!—de donde resultó que el asqueroso perro siguió á nuestro poeta. Ahora bien; sa-

bido es que el hombre aludido es joven, elegante, de buena cara y bien vestido. Así, pues, el racional honra al irracional: era que lo que este último deseaba. ¡Oh, miseria! Abrese la puerta y entran los dos. Y el hombre y el perro son recibidos en aquella casa de austeras costumbres y de prudente hospitalidad. Llega un criado y dice al poeta que va á avisar al señor conde; el poeta se sienta; el perro, que sabe su oficio de parásito, se oculta y se hace el pequeño en una esquina de un cojín bordado por la nieta, el mismo cojín en que la anciana señora posa sus piés venerables cuando baja al salón.

Un instante despues llega el conde, y como reúne al talento de un buen escritor la afable gracia de un verdadero aristócrata, recibe á nuestro hombre á las mil maravillas. No es, ciertamente, de esos hombres desdeñosos que no quieren declarar nunca que han leído «Las Juvenilia» de la juventud y que dicen á los aspirantes de la Academia: «Caballero, á mi edad ya no se lee, se repasa lo leído.» No, este buen hombre ha leído cuando debe leer un señor de su época. En todas las edades lee y repasa. Preguntadle por algunos versos del poeta que tiene ante sí, niño mimado de los estudiantes y de las mujeres jóvenes, y os los dirá de memoria.

Así hélos ya en conversacion al poeta y al anciano:

—¿Quiere Vd. ver mi jardín? dice M. de Saint-Aulaire á M. Alfredo de Musset.

Van al jardín, recorren el parque secular, que destruyó la revolución, pero

de la misma revolución el anciano habla con respeto, con gratitud. Si la revolución le tomó sus tierras, dió libertad á treinta millones de hombres. Y además, un filósofo no necesita tantos árboles, tanto césped, tantas aguas corrientes ó saltadores de fuente, porque bajo un árbol secular un filósofo está á la sombra y puede cobijar á todos sus hijos. El perro, sin embargo, encontraba bien en el salón, fresco, sobre el mullido cojín, permaneciendo oculto en su rincón: era un vagabundo que conocía mucho el campo; hubiera dado Meudon, Saint-Germain, Bellevue y Saint-Cloud, por un hueso para roer.

Entretanto acercábase la hora en que toda la familia iba á reunirse; era un domingo, y hombres y mujeres vestían sus trajes de fiesta, únicamente por respeto á aquel santo día para rezar en la iglesia, y tambien por el gran placer de contemplarse unos á otros en traje de gala. Esta coquetería íntima, inocente é inventada únicamente para que la mujer se presente á su marido, para que el nieto haga sonreír á la abuela y para la abuela, á quien no disgusta que la digan que está hermosa y que tiene buena cara bajo sus espesos cabellos blancos; esta coquetería, decimos, es una de las dichas pequeñas más grandes de una familia honrada.

Ahora bien; aquel día, en casa de los antiguos señores de Etioles, cada cual gozaba con esta coquetería inocente.

Así un poco antes de las seis, estaba la familia reunida en el salón y el patriarca presentó su huésped á todos aquellos «apoyos» de su vejez. Por otra

parte, al hombre se le conocía, se había leído su «Hijo del Siglo», y algunos de los más listos se sabían el «Namouna» de memoria.

—Y esperamos, caballero, continuó el ilustre anciano, nos dará Vd. un gran placer en comer con nosotros.

A esta palabra comer, el perro, el maldito perro, el parásito y el «gorrón» que de todas las lenguas vivas no conocía más que aquella frase, levantó las orejas, agitó la cola, y dejando con alegría el cojín manchado con su polvo, acercóse á acariciar al anfitrión. Este, hombre de mundo, se figuró que aquel animal tan asqueroso pertenecía al poeta, y le hizo, aunque con repugnancia, una caricia.

—Es preciso confesar que los poetas tienen compañeros muy feos, se decía M. de Saint-Aulaire.

—Es preciso convenir en que este perro asqueroso no se compajina con las costumbres y la finura de esta casa, se decía Alfredo de Musset. Un criado con librea de gala anuncia á la señora condesa que está servida, ofrécela el brazo el poeta, y hélos ya en el comedor, adonde el perro los seguía con paso tímido aún. Estaba tan acostumbrado á que lo echaran á la calle á punta-piés, que vacilaba ir más lejos. Parecíase á un biógrafo hambriento que se hace invitar en una casa donde no le conocen, y que se encuentra en presencia de un hombre á quien ha insultado queriendo hablar bien de él.

—Pero ¡ah! se dice: bien puede ser que este hombre no me conozca.

¡Así hizo el otro! despues del primer

